
COTO DE CAZA: LA ESCRITURA LASCASIANA

Edgar O'Hara

Para J. Orbe, maestro del charango

¿DÓNDE UBICAR el texto lascasiano, específicamente su *Historia de las Indias*? En otras palabras, ¿desde dónde habla ese sujeto que en tercera persona aparece allí, con el dedo acusador, desgranando una por una las versiones de la Conquista que no se avienen con su imagen ideal de evangelización? A fin de cuentas nos encontramos frente a un monumento verbal erigido para tumbar otros ídolos de tinta, que a su vez se disputan el privilegio de representar lo ocurrido en Las Indias o instaurar un código jurídico acorde con la empresa imperial.

Para definir el lugar de emisión de ese alegato histórico será preciso considerar algunas premisas que abarcan la historia personal —en el caso de Las Casas— y el marco social y político que envuelve la época y su lenguaje. Y hay que tener presente que para Las Casas el problema de la ilegalidad de la Conquista y la injusta sujeción de los indios en las encomiendas no proviene únicamente de una especulación filosófica sino del rigor

EDGAR O'HARA

a ultranza de una práctica moral. Y de una lógica cristiana cuya fuente es la sacralidad de los textos. Dicha convicción, en extremo arraigada en el dominico, le permitió no cejar un instante en su empeño intelectual.

EL NUEVO MUNDO COMO LECTURA

La obsesión de Las Casas por la situación de los indios, plasmada en sus distintos escritos, debe ser entendida como la respuesta espontánea de un ortodoxo católico frente a un fenómeno de proporciones mayúsculas que lo abruma. Aunque desde sus inicios la Conquista supone el nacimiento paralelo de un aparato burocrático en la Metrópoli, encargado de poner por escrito las leyes que regirían los territorios ocupados, lo cierto es que las primeras incursiones pueden caracterizarse como una suma de iniciativas privadas, que empiezan en esa apócrifa decisión de los Reyes Católicos de apoyar a ciegas los proyectos de Colón. Es importante destacar, como lo hace Tzvetan Todorov, el encuentro con este Otro que de pronto, a fines del siglo XV, exige de los europeos los más bruscos esfuerzos mentales para explicarse su existencia. *The Semiotic Conquest of America*¹ explora básicamente la manera como Cortés sacó provecho de cualquier información que pudiera extraer de un imperio a punto de ser sojuzgado: "The conquest of information ultimately led to the conquest of the Kingdom".² Así, la lectura del Otro empieza como una carrera desenfrenada por doblegarlo, manteniéndolo como un elemento más del paisaje descrito con el lenguaje de la insuficiencia. Nombrar equivalía a crear, lo mismo el escenario natural como los seres que lo poblaban. "The absolute ignorance of each group with respect

¹ New Orleans, The Graduate School of Tulane U., 1982.

² Ibid., p.5.

LA ESCRITURA LASCASIANA

to the other makes this meeting a totally unique phenomenon, at least in the history of Western Europe", opina Todorov, para luego añadir cuáles son los alcances de su estudio: "I would like to deal with another aspect of this spiritual conquest: the semiotic behavior of the two groups, in other words, their respective ways of using signs and symbols".³

La observación tiene una doble importancia, pues no sólo apunta al encuentro con el otro –aspecto primordial– sino al desvelamiento de lo Semejante. Es decir, en la lectura de signos y símbolos que ambos protagonistas realizan –las crónicas de un lado, la tradición oral y la “visión de los vencidos” del otro– es posible rastrear también la zona oscura de la épica que la ideología intentó vanamente desplazar. En este sentido, *Historia de las Indias* expone los pliegues siniestros de una realidad: el reverso del encomiable discurso filantrópico, las arrugas en el semblante lozano de la Conquista. Y también una cicatriz: no el residuo de la herida causada por el Otro, sino el tajo en la conciencia, cauterizado a punta de lenguaje.

En primer lugar, tenemos la magnitud de la expansión mercantilista de comienzos del XVI. Es el momento de la singularísima posición de España respecto a los demás países europeos: la unificación de los reinos centrales en torno a una fe religiosa forjada y cimentada en la lucha territorial coincide con la súbita prolongación allende los mares de un imperio que se adjudica una misión apostólica, universal. Es el altruismo europeo viento en popa. Sin embargo, por más que describamos el proceso de colonización a partir de sus facetas menos dolorosas, resalta el hecho brutal de una imposición de raíz económica:

³ Ibid., pp. 1 y 2 respectivamente.

EDGAR O'HARA

Durante el período de la Conquista, la instauración del sistema mercantilista fijó para los agentes españoles diversos objetivos de reorganización espacial, poblacional, militar, política y cultural: 1) la destrucción total o selectiva de las estructuras de poder existentes en los pueblos indios; 2) la reconstrucción parcial de esas estructuras bajo el control de instituciones españolas; 3) la construcción de focos de control militar, político y comercial —fuertes, pueblos, ciudades, puertos— estratégicamente ubicados; 4) el desarrollo de zonas de potencial minero y agrícola —lavaderos de oro, minas de plata, haciendas; 5) la reunión, reubicación, disciplina y represión de una fuerza laboral indígena en número apropiado; 6) la integración selectiva de sectores de la población indígena —particularmente en lo que respecta a religión e idioma— para engarzar la dominación foránea con la autóctona. Estos objetivos pueden ser agrupados en categorías típicas de la situación de dependencia: *polarización, desbalance espacial, marginación, superexplotación*. Estas categorías representan las consecuencias globales de la praxis imperial española en América y su diferenciación es una arbitraria separación de términos para clarificar su íntima interconexión.⁴

La incorporación de la masa indígena a ese sistema productivo creó una serie de problemas de amplio dominio público, desde la negación de la condición humana de

⁴ Hernán Vidal: *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*. Minneapolis, Minnesota, Institute for the Study of Ideologies & Literature, 1985, p. 24. Para los términos, subrayados por Vidal, Cf. Osvaldo Sunkel: "Transnational Capitalism and National Disintegration in Latin America", en "Social and Economic Studies", Institute of Social and Economic Research, Vol. 22, n. 1, Jamaica, U. of the West Indies, 1973; también, Ruy Mauro Marini: *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1973.

LA ESCRITURA LASCASIANA

los indios hasta la elevación casi sobrenatural de sus estados y bondades por parte de Las Casas. Pero el fenómeno que abarca ambas posturas es uno solo: la concepción de un inmenso patrimonio evaluado en su virtual rentabilidad. Las propuestas accesorias —evangelización y demás contratos sociales— destacan en tanto fueron fácil o difícilmente asimiladas por dicha noción. El ejemplo de Las Casas es más que ilustrativo. Pero interesa ver en qué medida este proceso, como cualquier otro, está constituido por distintos agentes que pugnan por ocupar un lugar de excepción. Así, el claroscuro forma parte de tal proceso y puede también definirlo en algún momento. Tenemos dos diferentes versiones de la conquista de México: el relato de Cortés y el de Bernal Díaz del Castillo. Ambas conforman, a su modo, el vocabulario de esa toma de poder, aunque cada una sea la expresión de una postura sobre o frente a quien la “historia oficial” considera el líder de aquel asalto. Y aquí entramos al caudal de verbos que fijan en la página las innumerables versiones de una fórmula guerrera y económica. Bajo el mar de palabras de las crónicas y demás relaciones de la Conquista, late una estructura que se impone con la fuerza de su codicia: el circuito de producción de este portentoso mercado de materias primas y regalada mano de obra. Curiosamente tales representaciones escritas corresponden a un patrón literario decididamente eficaz para semejantes sucesos. Imposible leer las versiones de la Conquista sin pensar en la función épica que anima cada uno de los relatos. Claro que la relación no es directamente proporcional, esto es, no se muestra la forma literaria como parte de un acuerdo establecido con el proyecto político-mercantil. La relación fluye naturalmente porque sólo la épica podía elaborar, como bien anota Hernán Vidal, la experiencia histórica como “descomunal salto entre lo específico y lo universal”.⁵

⁵ Vidal, *ob.cit.*, p. 36.

EDGAR O'HARA

Es en esa escritura inmediata, paralela a los hechos vertiginosos, donde se vuelca un deseo tácito de perduración (la Fama, tan mentada por Manrique al enaltecer la figura de su padre en la segunda mitad del siglo XV) que cimienta el heroísmo. Cada conquistador es –a diferencia del Quijote en la antiépica de umbrales del XVII– un personaje que *escribe con hechos* su propia versión. De ahí el valor concedido a la experiencia como centro al que se remiten las disputas por defender o apoderarse del lugar privilegiado del héroe que mide sus proezas con oro y escritura (de nuevo Cortés versus Bernal Díaz). Lo que solicita uno es precisamente aquello que el otro ha de pronto usurpado o que tal vez no le corresponde en las proporciones que le fueron conferidas (¿por quién?). Las respuestas apuntan siempre a la Metrópoli:

...el esquema épico aparece como el principal instrumento discursivo para conectar al conquistador como capitalista individual con la universalidad ideológica proclamada por la Corona y el Estado español en su empresa imperial. A través del discurso épico los conquistadores pudieron conectar su experiencia histórica personal con las diferentes elucubraciones legitimadoras de la invasión de América, las bulas del Papa Alejandro VI de 1493, el Requerimiento del doctor Palacios Rubio y los argumentos de Francisco Vitoria que fundaron el Derecho Internacional.⁶

En segundo lugar, hallamos que, dentro de los límites de la expansión mercantilista y los textos que la fundamentan ideológicamente, cohabitan otras versiones situadas en sus borrosos linderos. Del escenario de esa vasta participación social oímos las voces que evocan no

⁶ Ibid., p. 39.

LA ESCRITURA LASCASIANA

sólo cierta melancolía afincada en la duda, sino el imperativo de postular la discrepancia. En la vida de Alvar Núñez Cabeza de Vaca se tejen las señales de un vacío de poder ocupado por las palabras que asignan valores a la desventura. Como explica Pedro Lastra, la frustración trasladada a la escritura bien puede dar pie a la ficción literaria. O, para decirlo de otro modo, es en la ficción literaria de Alvar Núñez donde se puede distinguir la aspereza de su comunicación (política) con el centro imperial.

En los *Naufragios*, Alvar Núñez podía hablar de sí mismo, porque su acto de escritura no pretendía una reivindicación de derechos sino ese reconocimiento de su voluntad de servicio. De ahí el protagonismo que se despliega en el relato, y que le confiere su carácter narrativo, su rango de ficción (...) En los *Comentarios*, la transferencia de la escritura es un imperativo de la credibilidad. Es otro quien debe referir, justificar y exaltar las acciones de un sujeto de la historia, de ese él distanciado por el narrador supuestamente objetivo, que se llama Pedro Hernández, “a quien yo los encargué” (“estos *Comentarios*”), como se lee en el proemio, esa pieza a la que es necesario volver para entender las razones de la inclusión de los dos textos en un solo volumen, que pareció tan natural a los miembros del Consejo real...⁷

Si el diálogo de Alvar Núñez con el poder se caracteriza por su cautela y una astucia literariamente aderezada, la escritura de *Las Casas* no significará el acercamiento indirecto de la lisonja solapada sino el propósito

⁷ Pedro Lastra: “Espacios de Alvar Núñez: las transformaciones de una escritura”. En: “Cuadernos Americanos” Vol. CCLIV, n.3, México, mayo-junio 1984, p. 163.

EDGAR O'HARA

de invalidar todo rango de autoridad que no venga directamente del Rey como mediador entre el designio de Dios y el cumplimiento de una misión trascendental. En Alvar Núñez la "tercera persona" tiene una función política pero se apoya, digamos, en un recurso literario para darle más sazón a su relato. En Las Casas, por el contrario, la "tercera persona", más política todavía, tiene su apoyatura en las Sagradas Escrituras y, por lo tanto, no solicita de manera indirecta ningún favor sino se limita a exigir desde su mejor ejemplo: la propia escritura. Y cabe agregar que Las Casas se movió durante su vida en una urdimbre de palabras hasta el punto de casi convertirse en un ser hecho verbo, en un verbo hecho brasa. Porque la escritura lascasiana se reconoce como el cuerpo de una sacralidad que proviene de su fe y de su investidura sacerdotal. Así, pues, no hay únicamente un gran discurso apologético de la Conquista y otro desmitificador. Dentro del discurso ideológico que muestra la empresa imperial como un asunto de origen divino existen matices diversos. Pero casi todos conciben el acto de escribir como el medio que lleva a la Fama o, más pragmáticamente, a la consecución de algunas modestas heredades. En Las Casas la escritura es el fin que se define a sí mismo en el instante de excluir al resto de discursos que no comparten su lectura no ya del Otro, el indígena, sino del Mismo, el conquistador. Una de las virtudes de la voluntad *escrituraria* de Las Casas consiste en que cumple aquel principio de que sólo por el conocimiento de los Otros es posible acceder a una imagen tal vez fidedigna del Nosotros. O de la escisión: nos-otros. También es una recomendación de las Escrituras: el hombre no se salva solo. Y Las Casas sustituye el sujeto individual por un colectivo: el imperio de Carlos V no podrá salvarse sino a través del reto ultramarino y humano.

En el carácter laico de las versiones de la Conquista que aspiran a convertirse en paradigma oficial, resalta más la lógica corrosiva que la confianza absoluta en la vera-

LA ESCRITURA LASCASIANA

cidad de los hechos. A fin de cuentas, ¿quién los habría de comprobar? La base de la escritura lascasiana, atizada, como veremos, por un orden sobrenatural, es el infradiscurso de la diferencia al interior del pensamiento que avala la colonización. La insospechable autoridad religiosa de Las Casas permitió que las tachas de exageración no devinieran argumentos en contra del margen de "objetividad" de su discurso. Su escritura se abre a toda clase de polémicas por el empleo de variables de imposible canjeabilidad entre las demás versiones. Dichas variables —cargos de conciencia para el propio emperador; condenaciones en masa de conquistadores y encomenderos; borrón y cuenta nueva de la Conquista— comparten esa cualidad del texto sagrado que ata la ofensa con el pavor, que elimina de un plumazo la heterodoxia mientras predica la unión de todos los hombres. Es fácil entender ahora por qué Las Casas eliminó a su vez el camino intermedio. La sacralización de su escritura comportaba la disolución (por arrepentimiento) de uno de los protagonistas de su Historia; al considerar la totalidad de la Conquista, no le era posible solventar un argumento en que ambas partes —indios y españoles— expresaran sus propias y mutuas contradicciones. La sacralidad no era el revestimiento de la escritura en la conciencia de Las Casas; fue más bien su dogma.

LA LECTURA COMO ACTO DE CONTRICIÓN

Para considerar el discurso de *Historia de las Indias* dentro de los márgenes de nuestra lectura, se hace imprescindible referirnos a algunos datos biográficos que atan los cabos de la conducta intelectual del obispo de Chiapa. Si los destinatarios de las crónicas tenían importancia capital para los autores en razón de ulteriores beneficios, correcciones nobiliarias o enmiendas en la memoria española (alas de la Fama todas), hemos de advertir que a ninguno se le escapaba la función del momento histórico que vivían.

EDGAR O'HARA

Función, por supuesto, definida de acuerdo a intereses particulares.

Con Las Casas se cumple tal asunción, aunque las coordenadas implícitas fuesen otras: no se persigue Fama ni Fortuna, sino el reconocimiento de una escritura en permanente trance de veracidad. O en pos del ajeno acatamiento de lo que revela. Recordemos que Las Casas fecha la redacción inicial de su *Historia...* en 1527, "cuando era prior del convento de Puerto de Plata, seis años después de su fracaso en Cumaná y de su ingreso a la orden de Santo Domingo".⁸ A su vez, la escritura abarca el período 1492-1520, dejando como promesa la continuación de esos sucesos en un cuarto libro que no sabemos si llegó a escribir. El problema que ha ocupado a los lascasianos y a sus antagonistas ha sido siempre de "cantidades y cifras", lo que lleva a Salas a proclamar que era su talón de Aquiles.⁹

En 1559, Las Casas legó al convento de San Gregorio el manuscrito de su obra, postergando por cuarenta años su publicación para abrir más la brecha entre el texto y los protagonistas y testigos oculares de los hechos que allí se narran. Las Casas moriría en 1566 a la edad de noventa y dos años. La mayoría de los conquistadores que aparecen en la *Historia...* habían ido muriendo y aún quedaba un lapso de treinta años para dar a conocer episodios que ocurrieron posiblemente entre 1492 y 1521.

¿Qué motivo tuvo Las Casas para tal determinación? Por un lado lo obvio: nadie podía protestar las

⁸ Alberto M. Salas: *Tres cronistas de Indias*. México, F.C.E., 1959, p. 215.

⁹ *Ibid.*, p. 232. Y más explícito: "...se me hace evidente que Las Casas no alcanza a satisfacer las exigencias de una historia objetiva y ponderable. El desequilibrio entre sus partes —muy notorio en circunstancias— nos está demostrando que Las Casas proseguía su lucha en la *Historia*, y que no iba a ella por un mero afán recordatorio, lleno de equilibrio y serenidad" (p. 219).

LA ESCRITURA LASCASIANA

afirmaciones ahí vertidas. Pero hay algo más que, para nuestra lectura, se remite a la forma en que Las Casas concibió su vida y su misión intelectual (insisto en estos términos porque caben perfectamente en las nociones de religiosidad y trabajo diario con el lenguaje).

Las Casas llega a América como un encomendero más. Pero se turba ante las palabras –oraculares– de fray Antonio de Montesinos contra los pretendidos derechos de los conquistadores sobre los indios. Estamos en noviembre de 1511. Cuando Las Casas profesa como sacerdote (su ingreso a la orden dominica ocurrirá en 1523) en el Nuevo Mundo, debe enfrentarse a la elección de un pasaje bíblico para el sermón de Pascua de 1514; al llegar al capítulo 34 del Eclesiástico siente una súbita iluminación de lo que sería el resto de su vida. Interesa destacar aquí que tanto el sermón de Montesinos como el de Las Casas tienen –no habría que insistir en ello– un tronco bíblico que sirve de trampolín a la disquisición filosófica sobre la naturaleza del Pecado Histórico. En ese momento hay como un apéndice que retrata orgánicamente a la Conquista: la encomienda de indios. La fijación de Las Casas respecto a ella lo llevará a polémicas de toda clase y contra todo tipo de jerarquías. Como dato esencial veamos que él fue el primero en extirparse el mal y devolverle los indios a Diego Velázquez. Detengámonos en este punto biográfico y contemplemos el celo con que Las Casas fundamenta su rechazo de la encomienda como parte superflua y dañina de un rechazo mayor: la Conquista en general y la manera de ejecutarla. ¿A título de qué escribe Las Casas? Sabemos que sus archivos –cargados a lomo de mula y espalda de indios– eran numerosísimos y que probablemente, según Lewis Hanke, escribía veinte páginas diarias.¹⁰ Sus respuestas a textos jurídicos como a es-

¹⁰ Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*. III Vols. Estudio preliminar de L. Hanke. México, F.C.E., 1951.

EDGAR O'HARA

peculaciones escolásticas se apoyan en la certeza de haber vivido esa realidad de que habla en tercera persona su *Historia...* Personaje de los mismos hechos, conocedor de los intrínquilis de la Conquista. ¿Solamente eso? Hay en el relato de esa vida (*diferida*, como en la estrategia de Cabeza de Vaca) el control ejercido por una información adicional que no se oculta: la Fe que intencionalmente dirige la mano del que escribe. El discurso analítico aportaría luz sobre la pasión de ese acto (la mano que empuña la pluma día tras día, infatigable) y la energía canalizada en la confección de una textura de arduo acceso, intrincada, que sólo seduciría a un lector que practicara otro tipo de reglas de lectura. Pero podemos analizar esta operación desde otro ángulo: la escritura para Las Casas es la misma Fe porque gracias a la escritura (volcada en sermón) ese encomendero de comienzos del XVI se transformó en defensor de lo imposible: desconquistar lo ganado a sangre y fuego (palabras que aluden, a su vez, al escenario del sacrificio y del castigo: ira del Antiguo Testamento con llamas estelares / concordia universal en el cordero de la cruz). No sólo se puede leer a Las Casas como el texto de una Utopía más del cordón renacentista, sino debemos percatarnos del carácter sagrado que emana de la misma. ¿Cuál es la escena primigenia que contempla el narrador de *Historia...*? No es la apuesta en el futuro sino la corrección del pasado. Igual cosa ocurre con su escritura: es el calco del calco que nos devuelve a un original prístino, la Palabra Revelada. Edward W. Said lo explica mejor:

Yet in the genealogy of texts there is a first text, a sacred prototype, a scripture, which readers always approach through the text before them, either as petitioning suppliants or as initiates amongst many in a sacred chorus supporting the central patriarchal text. Northrop Frye's theory of literature makes it apparent that the displacing power of the Bible,

LA ESCRITURA LASCASIANA

whose centrality, potency, and dominating anteriority inform all Western literature. The same is no less true, in the different modes I discussed earlier, of the Koran. Both in the Judeo-Christian and in the Islamic traditions these hierarchies repose upon a solidly divine, or quasi-divine, language, a language whose uniqueness, however, is that it is theologically and humanly circumstantial.¹¹

Para Las Casas la historia de la Conquista era el punto álgido de sus propuestas de una obra evangelizadora (cada vez más lejana en el tiempo), regida por el Dogma Católico y controlada por las órdenes religiosas. *El haber visto* los hechos que da cuenta su escritura lo sitúa en una principalísima ubicación autorial: "...conociendo que las cosas que por sus propios ojos vieron y en que se hallaron presentes no son así declaradas ni sentidas como la integridad de la verdad contiene..."¹²

Desde su sitio de protagonista y juez, el personaje de la *Historia...* describe los ocho propósitos de su impulso narrativo. Salas los resume y comenta del siguiente modo:

1. habiendo considerado los errores cometidos en Indias, y en la estimación de que "...de la relación verídica del hecho nace y tiene origen, según dicen los juristas, el derecho, quise ponerme a escribir las cosas más principales, algunas de las que en espacio de sesenta y más años por mis ojos he visto hacer y acaecer en estas Indias (...) Quise tomar este cuidado y acometer entre mis otras muchas ocupaciones este trabajo, no poco grande, lo primero y principal, por la hon-

¹¹ E.W. Said: *The World, the Text and the Critic*. Cambridge, Mass., Harvard U. Press, 1983, p. 46.

¹² Las Casas, ob.cit., Prólogo, t.I, p. 3.

EDGAR O'HARA

ra y gloria de Dios y manifestación de sus profundos y no. escrutables juicios y ejecución de su rectísima e infalible divina justicia y bien de su universal Iglesia”

2. “...por la utilidad común, espiritual y temporal, que podrá resultar para todas estas infinitas gentes, si quizá no son acabadas primero y antes que esta historia del todo se escriba...”
3. no es dar sabor ni adular a los reyes, sino por defender la honra de los reyes de Castilla
4. el bien y utilidad de España
5. intento de informar acerca de los principios del Descubrimiento
6. salvar a España del gravísimo y perniciosísimo error de suponer a los indios ajenos al ser de hombres
7. necesidad de “...templar la jactancia y gloria vanísimas de muchos y descubrir la injusticia de no pocos, que de obras viciosas y execrables maldades se glorían...”, con todo lo cual está insistiendo, para más datos, en el sentido crítico moral de la obra que emprende
8. “...manifestar, por diverso camino que otros tuvieron, la grandeza y numerosidad de las admirables prodigiosas obras, que nunca en los siglos ya olvidados haberse obrado creemos”

Y el designio básico –resumen final de todas estas consideraciones– el de poner en conocimiento y a la luz las obras virtuosas, para ser imitadas –si alguna hubo en Indias, manifiesta escéptico–, y para que de las obras malas, tomen los hombres temor al castigo y a los desastrosos finales.¹³

¹³ Salas, *ob.cit.*, pp. 209-211. Las citas de Las Casas intercaladas provienen de *ob.cit.*, t.I, p. 18 y ss.

LA ESCRITURA LASCASIANA

No hace falta llamar la atención sobre la ejemplaridad católica de las advertencias lascasianas. El Castigo se esgrime como el arma natural de Dios contra los pecadores, sólo que en el caso de la *Historia...* la voz del narrador suplanta a la de Dios desde el espacio del Confesionario, donde supuestamente yace hincado el imperio español con Carlos V al frente. Esta ortodoxia católica no representaba novedad en la Metrópoli, ni mucho menos. Sermones de este tipo eran el pan de cada día en un contexto en el que la limpieza de sangre, la heterodoxia política y la mínima sospecha de "desviación" moral podían desencadenar infortunios a cualquier hijo de vecino. En este sentido el alegato de Las Casas forma parte de un tópico rutinario en la península. No así su decidida vocación de excomulgar a una Familia empecinada en su soberbia. He ahí la atracción y el rechazo generados por esa escritura que se aferra a una moral de verbo y persona que superaba en mucho a la del Pontífice que emitió la famosa bula de 1493:

Podríamos decir, en general, y tal vez con injusticia y hasta con inexactitud, que lo que más repugnó a Las Casas fue que la Conquista se realizara so título de salvar almas, convertir infieles al cristianismo y que los requerimientos se leyeran a nombre de Cristo, se invocara en ellos a la Santísima Trinidad y que hasta las más crudas guerras fueran santificadas con nombres y finalidades celestiales.¹⁴

A Salas le asiste la razón. Y es posible apreciar esto en las cualidades literarias de la prosa lascasiana, que casi brillan por su ausencia. La exhortación es dramática, como la de una gran Tragedia –sin poesía– donde los héroes fueran rufianes y los vencidos criaturas a mer-

¹⁴ Salas, ob.cit., p. 268.

EDGAR O'HARA

ced de su propia bondad, incapaces de contener la embes-
tida. La narración la ejerce un Yo evangélico que cum-
pliría las funciones del coro trágico apuntando con su
lastimero índice el hoyo en que irá a parar ese gran
desafío al Cielo. Pero la comparación se sostiene sólo
si incluimos la *Historia...* en el discurso moral de una
superconciencia que ha puesto en tela de juicio los frá-
giles pilares (teóricos) de la confianza imperial. Lo curioso
es que la escritura de Las Casas –y aquí tendremos que
articularla con la *Brevísima relación de la destrucción
de las Indias*, 1542– posee una extraña persuasión que
le deparó no poco éxito en España y, por supuesto,
más del esperado en países como Inglaterra, Francia y
Holanda. La pregunta cae por sí sola: ¿cómo era leído
el texto lascasiano? Para Salas habría cierto vacío en la
recepción:

Su llamada falta de realidad, vale decir, de consenti-
miento de la realidad habitual e imperante, el com-
promiso riguroso en que coloca al lector por el
mero hecho de leerlo, la prueba que realiza con
cada uno de sus lectores, imperfectos y cómodos
cristianos como nosotros, seguirá eliminando muchas
posibilidades de frecuentación y de relectura. Cree-
mos que los tiempos, más que para los Evangelios
y las tesis que como la de Las Casas asustan
por su extremismo moral, están más por la acción
o la realidad cínica de Sepúlveda.¹⁵

Si uno evalúa la recepción de ese texto desde
la notoria pasividad de los lectores españoles de la época,
está claro que su finalidad no se cumplió. Sin embargo,
ese discurso tuvo una acogida de lectura, al margen de
las actitudes de simpatía que pudiera haber congregado.

¹⁵ Ibid., p. 296.

LA ESCRITURA LASCASIANA

Lo que sucede es que hablando desde el púlpito de la ortodoxia, el discurso de Las Casas gana el espacio que ni la heterodoxia ni la imaginación "extranjerizantes" podían copar.

Al hacer el registro de las barbaridades de la Conquista, ese texto se transformó como por arte de magia en la conciencia del pecado español, en ese lugar no prohibido que paradójicamente es el espacio de las aberraciones. Al hablar del otro, el discurso lascasiano se torna el más fiel desvelador de los sueños y pesadillas de un Yo colectivo (España) analizado por un Yo evangélico, inmune a la represión inquisitorial. De hecho no otra cosa son las "exageraciones": el monopolio de la libido española en su versión conquistadora, poblada de espadas, cabezas rotas, violaciones. De la misma manera que un lector puede acercarse a la Biblia desde esta perspectiva, sucedió que los lectores de Las Casas lo decodificaron desde el plano, quizá inconsciente, quizá no, de lo pecaminoso (en esos términos) impuesto desde la autoridad eclesiástica.

Si Las Casas se aparta de toda norma al pedir que la Conquista se efectúe nuevamente, de alguna manera para los lectores de la Metrópoli impregnados de nacionalismo, esa petición sonaría a un discurso *contra natura*, es decir, contracorriente. La analogía está a flor de piel: sólo hay que preguntarse por qué tanta fijación en los cronistas por la sodomía entre los indios, por qué la insistencia en el pecado "nefando" para establecer juicios de valor del orden animal/racional. Pues bien, en sentido figurado es posible sospechar que la recuperación del texto lascasiano haya funcionado simbólicamente en la Metrópoli como un acto que contravenía la faz moral del imperio.

Pero es un acto *desde un allá*, no sólo geográfico sino, lo que es más sorprendente, religioso. Sólo Las Casas podía cumplir tal papel, en términos simbólicos. Es el imán de la morbosidad *en el acá* de los lectores españoles. La curiosidad reprimida cobra actualidad en la escritura

EDGAR O'HARA

lascasiana que el propio narrador adscribe a la esfera de lo sacro.

También se podría pensar en una lectura política por parte de la Corte, aturdida por la idea de que los conquistadores decidieran separarse de la Metrópoli y fundar sus propios feudos. De hecho, el evitar que la encomienda se volviera hereditaria garantizaba la no feudalización del Nuevo Mundo. Las obras de Las Casas pudieron servir de voz de alerta sobre las actitudes rebeldes de los conquistadores. (Imaginaria concreción de esa pesadilla: Lope de Aguirre triunfante).

Pero es más pertinente ubicar esa escritura en el reino de la Censura de la Metrópoli. Sorprende que desde ese más allá —la ortodoxia católica— se gratifique a un lector que la contempla y devora con la atracción y el rechazo del pecado. El moralismo de Las Casas se funda en la descripción pormenorizada del horror y la crueldad; de ahí que, erigiéndose en Confesor del imperio, provea a la Conciencia culposa de un escenario plagado de miserias humanas, siempre tan sugerentes para cualquier fantasía (y De Bry sacó partido de esa circunstancia).

No sería descabellado pensar en esos textos como en una especie pornográfica generosamente prodigada al público por el mismo Censor encargado de desterrarla. Lo cual demuestra a las claras que la sacralidad no pertenece a la escritura sino al color del ojo que la mira. En este caso, la penitencia (enfrentarse con la imagen horrorosa de lo Semejante a través de la imagen remodelada de lo Otro) conllevó una enorme dosis de placer.

EL PADRE LAS CASAS: LOS DENTROS Y LOS FUERAS

La historia es un conjunto de textos que dialogan entre sí, pugnando por un lugar de excepción en el marco cultural que los cobija. Y es claro que sólo integrándo-

LA ESCRITURA LASCASIANA

se al discurso del Poder establecerían la alianza necesaria para autodefinirse como testimonios (sospechosamente) “objetivos”.

La Historia se escribe, siempre, contra alguien. Y la aparente neutralidad es también una toma de posición y constituye una versión parcializada (en la acepción de *pacto*) de la manipulación del lenguaje.¹⁶

Va a cumplirse el quinto centenario de la conquista y colonización, y los españoles aún podrían afirmar que la figura y los escritos del Padre Las Casas no han perdido en lo mínimo su textura polémica. En medio de las versiones de la conquista surgió de pronto la subversión. Esta palabra es significativa para abordar dos posturas contemporáneas frente a la escritura lascasiana. Por un lado su exclusión del pensamiento decididamente colonialista (tal como fue puesto en práctica) y su inclusión en el discurso anticolonialista. Ambas posturas pueden apreciarse en los libros de Ramón Menéndez Pidal y Augusto Salazar Bondy.

Preámbulo con citas

“En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”. (J.L. Borges: *Historia universal de la infamia* - 1935)

“...Las Casas es el primer castigo de nacionalismo que conoce España. En plena época de expan-

¹⁶ Al respecto, el trabajo de E. W. Said sobre el pueblo palestino: *The question of Palestine*, New York, Vintage Books, 1980.

EDGAR O'HARA

sión imperial y triunfante, Las Casas le sale al frente con sus críticas y sus impugnaciones, pone en duda toda aquella misión trascendente que inflaba los prólogos de Oviedo, niega los justos títulos para la Conquista, y echa al orgullo español, forma ya nacionalista, el primer balde de agua fría”.

(Alberto M. Salas: *Tres cronistas de Indias* - 1959)

“Ahora, podemos considerar la encomienda como un genocidio, creyendo que en esto todos erraban menos Las Casas; entonces debemos tener por buenos todos los elogios que se quieran dar al único clarividente de aquel siglo de oro español, tan brillante en teólogos y políticos. Por el contrario, podemos considerar que la encomienda fue en aquella coyuntura histórica el único medio posible de incorporar a la civilización occidental las innumerables razas de todo un continente que yacían hundidas en cien siglos de impotencia para salir de un atraso prehistórico; entonces hay que mirar a Las Casas como un ciego para la realidad, como un delirante en planes quiméricos, obstinado en ellos durante toda su larga vida, en fin, como una mentalidad anormal”.

(“Ramón Menéndez Pidal: *El Padre Las Casas: su doble personalidad* - 1963)

“Un trauma se encuentra en el origen de la relación entre México y España: el hecho de la Conquista. Qué terrible conocimiento: el del instante mismo de nuestra gestación, con todas sus temuras y crueldades contradictorias; qué intensa conciencia: la de la hora en que fuimos creados, hijos de madre sin nombre, anónimos nosotros mismos pero conocedores del nombre de nuestro terrible padre; qué magnífico dolor: nacer sa-

LA ESCRITURA LASCASIANA

biendo cuánto debió morir para darnos el ser: el esplendor de las antiguas civilizaciones indígenas. España, padre cruel: Cortés. España, padre generoso: Las Casas”.

(C. Fuentes: *Cervantes o la crítica de la lectura* - 1976)

La desautorización

En un artículo de 1940 –“¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?”– Menéndez Pidal apuntaba a lo que más tarde sería el grueso de su volumen sobre el Obispo de Chiapa: *El Padre Las Casas: su doble personalidad*.¹⁷ Cuando aparece el libro (considerado “irritante” por Marcel Bataillon), Menéndez Pidal tenía casi la misma edad que Las Casas al morir, pues pasaba los noventa años. Quizá por eso entre el artículo de 1940 y el libro no se observa un cambio sustancial en el enfoque ni en los postulados que lo animan. Curiosamente, frente a un Marcelino Menéndez y Pelayo (sólo habría que pensar en su primerizo estudio sobre los heterodoxos españoles), Menéndez Pidal podría muy bien encarnar el pensamiento liberal de fines del XIX estirado a lo largo de medio siglo veinte. Pero, como dice el refrán, del dicho al hecho, etcétera. (En el cuartel del Generalísimo, ¿quién no pecaría de librepensador?).

En el artículo se nota que Menéndez Pidal no comprendía (o comprender no fue su intención) el discurso de Las Casas. Que era una apología absoluta del indio y una permanente detracción del conquistador, nadie lo niega. Pero lo erróneo fue juzgar ese discurso empleando sus propias armas, vale decir, con el argumento de signo contrario. El interés ya residía entonces en la descalificación

¹⁷ Artículo recogido de *Mis páginas preferidas. Estudios lingüísticos e históricos*, Madrid, Gredos, 1957.

EDGAR O'HARA

de ese discurso, su desautorización histórica. Por eso en el libro que apareció en 1963 (cinco años antes de la muerte de su autor) el acento está puesto sobre la categoría autorial precisamente para negársela a Las Casas.

Menéndez Pidal asume la escritura como un mandato: "He cumplido con un ingrato deber exigido por la crítica histórica".¹⁸ ¿Quién se esconde detrás de tal noción? Nada menos que el discurso colonialista a través de sus paradigmas usuales: los indios serán antropófagos, idólatras, atrasados, crueles; por el contrario, los descubridores/conquistadores son aventureros, arriesgados, sacrificados, simples "inversionistas".

El Padre Las Casas recibirá en este libro distintos rostros: quijotista, ultrarrigorista; paranoico, monoideista; egoísta con delirios de grandeza; de vocación anormal: ascético, megalómano; ¿pensador?, proselitista más bien.

El camino más sencillo para desautorizar el discurso lascasiano es tachar al *autor* (un concepto del que no podía desprenderse Menéndez Pidal) de enajenado. Y al calificarlo de idealista, busca separar su discurso de una "realidad objetiva". Sin embargo, destaquemos el idealismo del propio Menéndez Pidal:

"...las guerras internacionales se van haciendo cada vez más difíciles con la formación de grandes grupos de naciones; las guerras mundiales no serán posibles cuando la agrupación universal de los pueblos no sea binaria y antagónica como ahora, sino que esté inspirada por un concorde ideal superior" (p. 138).

¿Cuál es la *idea fija* que sostiene el pensamiento de Menéndez Pidal? Reparemos en la manera sutil en

¹⁸ *El Padre Las Casas: su doble personalidad*. Madrid. Espasa Calpe, 1963, p. 392. Cito de esta edición.

LA ESCRITURA LASCASIANA

que introduce, junto al manido tema de “la incorporación de las Indias a la civilización occidental”, la noción dual de colonización, apoyada o no en el mestizaje. Habría, pues, dos tipos de colonización –buena(española) y mala (anglosajona)– según el tácito concepto de evangelización.

En el plano legal, Menéndez Pidal instala su crítica de la “guerra justa” de conquista amparándose en los teóricos que apoyaron la encomienda. Es interesante observar cómo se las ingenia siempre para establecer la dualidad Idea/Realidad en cada caso. Betanzos, Zumárraga, Motolinía, Vitoria, Sepúlveda: paladines de la Realidad, amén de Humanistas. Las Casas queda arrinconado en su Idea Fija y en su medievalismo después de los fracasos de Cumaná y Vera Paz.

Para demostrar a toda costa que Las Casas no fue el único defensor que tuvieron los indios, Menéndez Pidal no cesa de señalar otros nombres. Es obvio que su intención es desautorizar nuevamente a Las Casas, pues “se mantiene tan alejado de toda la vida real que es de lamentar la escasa eficiencia del gran esfuerzo por él desarrollado en favor del indio” (p. 352). Y al criterio personal le suma un prejuicio regional. Aunque lo niegue, Menéndez Pidal se inclina en varias oportunidades por la explicación más convencional: Las Casas es sevillano y por ende un deformador nato de los hechos. (Igual argumento utiliza cuando alude a los “consejeros flamencos” de Carlos V).

De este modo le exige a Las Casas que se limite a predicar como un San Francisco de Asís, con caridad y dulzura. Cuando Las Casas se muestra como un agitador intelectual, lo acusa de arrogante y de soñar con igualarse a San Pablo. En el fondo, Menéndez Pidal choca con las mismas fuentes manejadas por Las Casas: la Biblia, Aristóteles, Moro. Ahora bien, el empleo de cada fuente difiere según la postura ideológica. Desarmado por la ortodoxia católica de Las Casas, a Menéndez Pidal no le queda otro camino que el declararlo enfermo mental.

EDGAR O'HARA

En la constante pugna de textos, adjudicándoles o restándoles valor temporal, destaca sin duda la necesidad de asumir el valor autorial como criterio definitivo. El caso de la bula papal de 1493 es revelador. Según Menéndez Pidal, hubo una interesada alteración de la traducción por parte de Las Casas, aunque aquí coincidan tanto Menéndez Pidal como el futuro Obispo de Chiapa: el Nuevo Mundo fue "cedido" por el famoso Papa Borgia (o Borja) al imperio español para extender los reinos de la cristiandad. Con razón el monarca francés, al enterarse de la movida, ni corto ni perezoso, exigió irónicamente que le mostraran el testamento de Adán para convencerse de la equidad de tal repartición. ¿Y por qué Menéndez Pidal no desautorizó de plano la bula papal si provenía de un pontífice que era, en términos cristianos, tan observador de la moral como el don Juan de la comedia de Tirso? Con ello muestra Menéndez Pidal que cualquier texto sólo posee el valor que se le asigna en un determinado momento político. El texto serviría para crear una percepción distinta de ese momento o para ocultarnos dicha posibilidad.

El pensamiento colonialista tiene argucias impresionantes. Que la conquista española haya propiciado un mestizaje, distinguiéndose tajantemente del puritanismo anglosajón, no la hace más benigna.¹⁹ Y sacar a relucir la "Leyenda Negra" era casi una concesión a la galería franquista. Es recomendable entender de otro modo las causales de tal difamación y denunciarlas sin apelar a rasgamientos de vestiduras ni lavadas de manos. Es lo que hace, con muy buen tino, Roberto Fernández Reta-

¹⁹ Un botón respecto a la colonización anglosajona: "Muchos años antes de que pensara venir a Estados Unidos, un amigo me mostró un día una moneda americana de cinco centavos (...) De un lado había un pintoresco perfil de un indio; del otro, el de un búfalo. Mira, me dijo, cómo ponen en sus monedas la imagen de las dos razas que han exterminado". Cf. Marguerite Yourcenar: *Con los ojos abiertos*, Buenos Aires, Emecé, 1982, p. 235.

LA ESCRITURA LASCASIANA

mar en su lectura global de la expansión mercantilista europea.²⁰

Contra la exageración (o “enormización”) de Las Casas, aplica Menéndez Pidal la lectura de sus textos como ficción (lo cual no sería absurdo ni tendría nada de malo en principio), como meros recursos imaginarios. Pero lo cierto es que leyendo a Las Casas como simple fabulador es posible seguir afirmando el valor de su tajante postura frente al “derecho legal de la conquista”. (Ejemplo al pelo: Bajtín explica los intrínquilis medievales leyendo a Rabelais). El asunto es el mismo: ya no se puede seguir creyendo en la sacralidad del texto ni en el autor como depositario de un saber que le conferiría infalibilidad.

Uno podría achacarle a Las Casas todas las cosas que sobre él opinaba Menéndez Pidal y sin embargo arribar a conclusiones distintas. No interesa si Las Casas era o no un desequilibrado, o una especie de Licenciado Vidriera. Importa, sí, el hecho de que sus escritos formulan un pensamiento en el que se apoyan futuras tesis anticolonialistas y antiesclavistas (con sus excepciones, claro: los moros y los negros).

Aunque Las Casas no fue el solitario defensor de los indios, sus textos son los únicos que sirven para ser integrados al discurso anticolonialista. Lo que Menéndez Pidal consigue de manera admirable en su libro es, mal que le pese, excluir a Las Casas de la órbita colonialista. Por donde se lo agarre, el Obispo de Chiapa es lo que siempre fue: un católico a ultranza.

Las inclusiones

Si bien a la derecha más conservadora el pensamiento lascasiano se le figura una excepcional puesta en escena

²⁰ Cf. “Contra la Leyenda Negra”, artículo incluido en *Para el perfil definitivo del hombre*, La Habana, Letras Cubanas, 1981.

EDGAR O'HARA

de tabúes políticos que el tiempo ha consolidado, también convendría advertir ciertas posturas a la crítica diametralmente opuesta. Son posturas que a la larga tienden a minimizar la labor del dominico.²¹

La prédica de Las Casas se sitúa en cualesquiera de los linderos de su época y precisamente por ello es que grafica algunas zonas del pensamiento contemporáneo. En un momento de su retahíla antilascasiana, Menéndez Pidal pone el dedo en otra llaga: el uso iconográfico de Las Casas por los movimientos independientes americanos del XIX. La táctica, con variantes, se repite 150 años después en el libro de Augusto Salazar Bondy: *Bartolomé o de la dominación*.²²

En 1971 se celebró el sesquicentenario de la independencia del Perú. Tres años más tarde hubo una reunión cumbre de los países bolivarianos en la Pampa de la Quinua, con motivo del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho. Pues bien, vale la pena revisar ese contexto. Acababa de caer el gobierno de Allende, pero en el ambiente aún se respiraba una ficticia pero entusiasta unidad latinoamericana, con los militares reformistas en el Perú y en Argentina, la posta cedida por Perón a Isabel. En 1971, el panorama había sido más alentador aún: Allende acababa de subir al poder; el reformista general Torres contaba sus segundos en Bolivia y el general Velasco en el Perú iba viento en popa después de la Reforma Agraria de 1969.

De este contexto emerge el libro de Salazar Bondy. Creo que una lectura que tome en cuenta esta coyuntura podría detectar hasta qué punto sus limitaciones equivalen a las de un discurso implícito que las alienta. Es

²¹ Como ocurre en la crítica de Hernán Vidal. Cf. *Sociohistoria de la literatura colonial hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*. Minneapolis, Minnesota, Institute for the Study of Ideologies & Literature, 1985.

²² Buenos Aires, Edit. Ciencia Nueva, 1974. Cito de aquí.

LA ESCRITURA LASCASIANA

la voluntad de integración, no sólo latinoamericana sino mundial. Es el auge de los países No-Alineados, del Grupo de los 77, la lucha anticolonialista en Asia y Africa plasmada en 1975 en la derrota del imperialismo estadounidense en Vietnam y la victoria del movimiento popular en Angola. Estos aromas respiran en la advertencia de Augusto Salazar Bondy.

“Estos diálogos indianos están escritos a manera de ejercicios de tema libre. Sin embargo, su argumento es imaginario sólo en un sentido figurado. Me extrañaría que toda semejanza con ideas, textos, situaciones de la vida real fuese pura coincidencia” (p. 5).

Efectivamente, las coincidencias no son gratuitas. Pero la aparente ausencia del azar nos lleva a la consideración de una lectura azarosa por partida doble. Por un lado, a la vuelta de la esquina y en menos de cinco años, las condiciones políticas en Latinoamérica dieron un vuelco. Por otro, el texto de Augusto Salazar Bondy, al afirmar una férrea unidad (o univocidad) de pensamiento, sólo consigue promover otras lecturas y, por consiguiente, mostrar sus resquicios.

En los diálogos de Bartolomé / Hatuey / Don Diego / Frans / Micaela, se mezclan tiempos y realidades que en el contexto de los años 70 poseían otro cariz, otra lozanía. Como no estamos leyendo un poema de Cardenal o Hinostroza (o del maestro de ambos: Pound), los anacronismos han adquirido con el correr de los años una ingenuidad casi cómica. Hatuey pide atención:

“¡Espera!...¡Calla! Veo unas sombras que se mueven entre los árboles. Seguro es gente de la CIA, enviada por el maldito gobernador...” (p. 34).

EDGAR O'HARA

Por su parte, Frans (¡Fanon!) tiene que ponerle el cucurucho de alumno malo a Bartolomé y relegarlo a un rincón de la clase. El diálogo –¿mayéutico?– se toma jalones de orejas, llamadas al orden, cátedra de “línea política”. Por su defensa de la soberanía del Rey de España en tierras que pertenecen a otros pueblos, y por su doctrina cristiana que resulta “humanista en apariencia”, Bartolomé quedaría confinado a un escaño de segunda categoría en la toma de conciencia y posición verdaderas. En realidad, esto no es más que el tópico nunca finiquitado de aquellos que han “entendido” y por lo tanto tendrán acceso a un tipo de Jardín que –si ya no los Padres de la Iglesia– ahora guardan los Ideólogos de otra doctrina y otra praxis. El reclamo de Frans a Bartolomé encierra un tratado sobre la mimesis:

“Integrar en el sentido opuesto no lo piensas siquiera, porque –aunque en teoría se opongan a Ginés– todo el tiempo tú y los tuyos perciben al otro como bárbaro, o sea, como alguien incapaz de ser tomado como modelo” (p. 48).

El propio texto de Augusto Salazar Bondy revela la dificultad de este tipo de diálogos educativos. Frans quedaría obviamente como el más adelantado pupilo del curso de anticolonialismo. Y sienta las bases:

“Lograr esto depende de ciertas cosas que no controlamos, pero también de nuestras voluntades y del análisis racional, un análisis como el que estamos haciendo en este diálogo, que nos permite entender la dialéctica de la existencia humana” (p. 65).

De las Sagradas Escrituras en que se funda parte del pensamiento lascasiano hemos brincado a la comprensión dialéctica de la existencia humana. Aunque no se

LA ESCRITURA LASCASIANA

indiquen, hay textos básicos que forman el subdiscurso del libro de Augusto Salazar Bondy. Pero, ¿quién poseería la interpretación y aplicación correctas? Bartolomé consigue solamente llegar al reconocimiento de sus límites intelectuales, pobrecita alma que no alcanzó a ser sumergida en las aguas de la verdadera palabra:

“Me interesa dejar en claro que, al igual que es imposible liberarse en puro espíritu, como tú dices, nadie puede superar la dominación de la conciencia sin superar la conciencia de la dominación” (p. 87).

Para el libro de Augusto Salazar Bondy se podría echar mano (una vez más) de la vieja inscripción que señala que el camino al averno está empedrado de etcétera. Cambiemos la palabra averno por otras menos sulfurosas: Texto, Discurso / Conocimiento, Comprensión. O por la que resume a todas: el quehacer literario, principalmente con sus rendijas culturales.

Como en la doctrina cristiana las almas de los no bautizados se dedicarían a matar el tiempo en el limbo, así también en el presente libro el Padre Las Casas no podrá conocer el rostro de la Dialéctica ni vacilarse con sus secretos. Y se defiende como puede de las ironías de Frans o de sus palmaditas en el hombro: “Como ves, no estoy en la lucha a pesar de mi religión sino por profundas razones religiosas” (p. 93).

Breve remate

Tenemos que devolverle a Las Casas sus razones y valorarlo con las cautelas del caso. A pesar de todo su esfuerzo filosófico, libros como el de Augusto Salazar Bondy no les hacen favor ni al dominico ni al discurso anticolonial. Gajes son del oficio, de la escritura.

EDGAR O'HARA

Augusto Salazar Bondy murió en 1974, meses antes de la salida de su libro. Diez años después lo habría leído con otros ojos, definitivamente. Y su vocación crítica le habría permitido deslindes semejantes a los que aquí someramente hemos delineado. El esfuerzo por ubicar a Las Casas en un discurso anticolonialista no pasa ni debe pasar por obras que más temprano que tarde pierden su contexto y múdanse en devaneo.

De alguna manera, el riesgo que corrió el libro de Augusto Salazar Bondy se transformó en homenaje: cristalizó una presencia. Una voz continúa en el aire.